Hacia Trinidad, la Ciudad Relicario

ASTA Fomento, una vez abandonada Santa Clara, primero hacia el suroeste y luego hacia el sur, el paisaje, aunque encantador, sigue siendo oficial. Palmas como en mútuo resentimiento y mútua altanería—tal se hallan de distantes entre sí—campos de caña forzosamente intactos, alguna que otra umbría de enormes frutales, ceibas—dicen que de casi nulo aprovechamiento,— framboyanes — dicen también, que transitoriamente apagados para ser enteramente bellos,—plátanos de rotas hojas en continuo, en alegre trémolo de gallardete, bohíos de gris y despeinada techumbre, un terreno, en fin, que es turgencia femenina en cuanto pretende ser accidente geológico y que consta, que sigue constando, indefinidamente, de palmas en mútuo resentimiento y mútua altanería, de alguna que otra umbría de enormes frutales, de casi inútiles ceibas, de framboyanes todavía apagados, de bohíos de gris y despeinada techumbre y hasta de síntomas de quebradas, por donde regatos, arroyos, riachuelos y aun ríos de cromo y vía estrecha se escurren hacia otras llanuras, tal vez si idénticas en oficial encanto y oficial fertilidad. En las estaciones, las propias y empañadas vidirieras de fumables, las propias cantinas de los propios panqués—siempre los mejores—los propios y desvencijados carricoches que esperan, junto a unos Ford, no muy lucidos tampoco, a los que regresan, insommes e insolentes, abrumados de paquetes, y en suna, el propio, seco y largo guajiro teñido de rojo de terruño y que, fuma en los labios, machete al cinto y calzadas las espuelas, suele, frecuentemente, hablar con el jefe de estación, que, como todos los jefes de estación de todas partes, es un ser reglamentario hasta para no serlo.

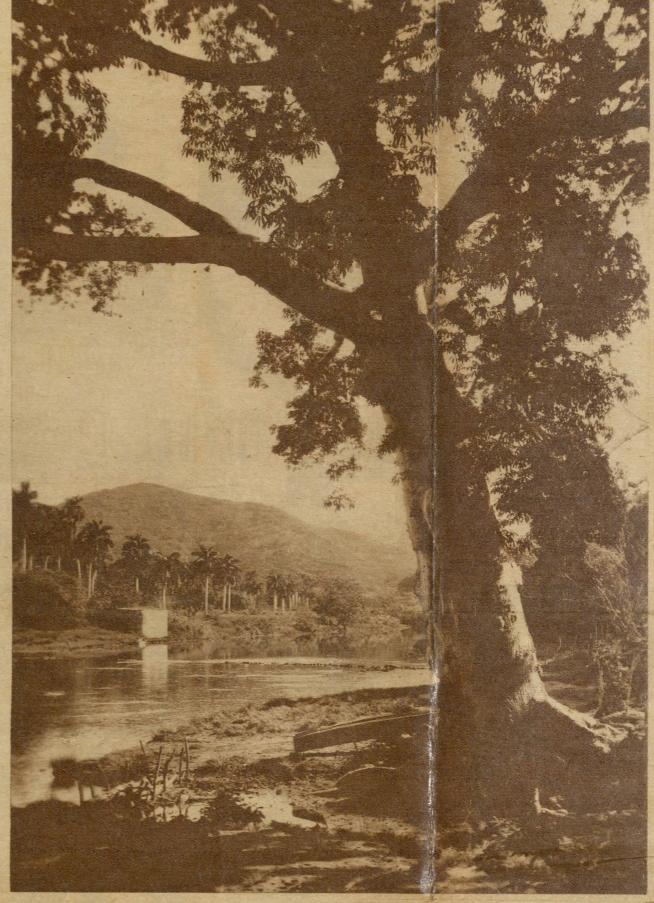
no serlo.

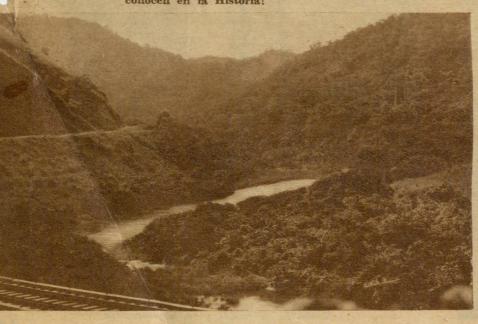
Pero de Fomento a Trinidad, el tema cambia, el tema se complica, se borda como al realce, cobra, en una palabra, personalidad y emoción. El paisaje, sin desistir de la flora de antes, como que la sepa lucir mejor. Las palmas ya se tratan, ya se hablan, puesto que, espesándose en animadas tertulias, palpitan como en frescas, en airosas hogueras. Así las umbrías de frutales, que se agrupan como Van Artois gustaba de agrupar sus boscajes.

Cuba, en fin, que se encrespa de más en más en imponentes peñascales del tono de las platas antiguas, parece como que recuerde en voz alta, muy dulce el tono y precisa la memoria, que una vez estuvo en Suiza, otra en los

en más en imponentes peñascales del tono de las platas antiguas, parece como que recuerde en voz alta, muy dulce el tono y precisa la memoria, que una vez estuvo en Suiza, otra en los Andes y otra aun en el Himalaya... Y un río, además, un río que, siendo el Agabama en sus fuentes y el Manati cuando confirma una vez más à Jorge Manrique, hace buena, como nunca, aquella frase de Pascal de que "los ríos son caminos que caminan". Un río que, por estar llegando siempre a Casilda, que es el puerto de Trinidad sobre el Caribe, constituye la impla-

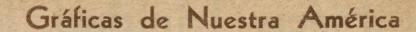
La Ceiba donde Hernán Cortés amarró sus naves en 1518. ¡Qué lejos se estaba entonces de pensar que aquellos hombres arriesgados, a quienes se había revocado la autorización oficial para tal empresa, iban a realizar una de las aventuras más audaces que se conocen en la Historia!





cable, la paralela desesperación del tren, que, no puede llegar allí más que a determinadas horas... Un rio que contribuye a que el paisaje, que sigue, recordando cada vez más que estuvo en Sulza, en los Andes y hasta en el Himalaya, hable, rece, murmure, susurre, cante, ría y hasta solloce, según el agua, a ratos limpia y a ratos turbia, varía en alboroto, en mansedumbre, en hondura y en copiosidad. Aquí la palma se torna antorcha, se torna flor, y los algarrobos y framboyanes más humo, y las cimas más Olimpos dignos de esta comarca, feudo tradicional de tanto poeta, y las múltiples aguas que se despeñan más encaje, y el tono de las abrupteces más plata antigua, y las cumbres, que se aguzan de más en más, algo en que sólo pueden posarse las nubes y las águilas y en que el rotundo, el capitolino latigazo del rayo se embota como si fuera de plomo o se hace vívidos añicos como si fuera de cristal... Y así durante dos horas y media largas, en que el paisaje no decae, no tiene un solo verso flojo, un solo verso falto de imprescindible íctus. un solo verso artificio-

so, menos aun un solo ripío, porque quien lo concibe y lo canta es sencillamente Dios. Y cuando el tren deja de ser estrépito perque interrumpe su marcha en Jíquima, que es, ateniéndonos al modismo corriente, "el corazón de la sierra", a lo diverso, a lo exaltado de aquella lozanía en que, tan grandiosa como simplemente, se manificata la idea de toda posible fertilidad, se suma, también orquestado por Dios mismo, el distinto, el simultáneo canto—agudo aquí, grave allá, rítmico a veces, díscolo otras, risueño en este ejemplar, triste en el otro—de los innúmeros, de los brillantes pájaros en que toda aquella inenarrable espesura florece o fructifica también. Ceibas, algarrobos, framboyanes, cedros, caobas, sabicúes, jiquíes, ébanos, granadillos y majaguas—no hablemos ya de los bejucos y las lianas que sirven de barroco nexo a todos los pormenores de toda aquella desenfrenada feracidad contrastan, no ya con las propias palmas—que siguen palpitando como en airosas, como en frescas hogueras—si no con los riscos, que vienen a ser lo que los recitados en los procesos me-





Srta. Zoila Argentina Selva, damita distinguida de la sociedad de Puerto Tela, Honduras, que embarcará en breve para los EE. UU. a terminar sus estudios (Foto envío J. P. C. de la Selva-Tela, Honduras)



Dr. Manuel E. Malbrán, que hasta hace poco ocupó el cargo de Emba-jador de la República Argentina en Washington. El gobierno de su patria acaba de transferirlo a la Gran Bre-taña, por ser amigo personal del príncipe de Gales (Foto A. P.)



Grupo de estudiantes latinoamericanos Grupo de estudiantes latinoamericanos residentes en París, en la inauguración de una placa colocada en la casa donde viviera, en 1804, el libertador de América, Simón Bolívar. El orador es José Vasconcelos, ex-ministro de Educación Pública en México, bajo la presidencia del General Obregón (Foto A. P.)



El presidente del congreso de Costa Rica Oscar F. Rohrmoser, al salír de un puerte del Pacífico en los EE. UU., en unión de su esposa y en direción a su patria (Foto A. P.)

Felipe Espil, actual embajador de la República Argentina en Washington (Foto A. P.)



lódicos y que, ingentes, inaccesibies, e inspirando hasta esa especie de blanco, luminoso horror que llega a inspirar toda belleza cuando nos agobia tanto como nos exalta, fructifican, ubérrimos también a su modo, en los incontables arroyos, fuentes, manantiales y cascadas que, como chorreras de inmaculado tul, ponen su nota de filigrana en tanta bravía hosquedad, ara después, ganosos o también ga-osos de ser realidad y no síntoma, legar al Agabama con tumulto, con risa, hirviendo fríamente primero, reozando rumorosos más tarde, rindieno por fin su fresco, su límpido tributo afluencia por entre los sotos y soillos de caña brava, de esa caña brava hace ópimas, tiernas de color y, bre todo, mullidas, aquellas márgenes porot, que tanto gustaba de diluir masas suaves en los suaves fondos, autera contemplado con extremadas kara y beatitud. A él en esos detalles de rolicie y de estilización, como a Ruy lael en los otros de majestad y bravra, pertenece por entero esta parte del paisaje trinitario, que endulzan respectivamente, el azul ater-ciopelado que tanto influyó en Nattier y lo ampuloso, lo impecable de unas nubes, que Tiépolo entonces y Degouve ahora, legaron y legan, ungidas más que pintadas, a toda emotiva, a toda exquisita posteridad.

mo, el sol que interviene en todo ésto para abrasarlo de riqueza, tiñe de púrpura y de oro, como a los picachos mismos, más igneos en la pura, en la delicada transparencia del aire, que es sutil, rico en aromas y rumores y que, si cabe la imagen, más se paladea como un néctar que se respira como un fluído. Y es ahora, al bordear unos abismos en cuyo fondo el Agabama llega a ser, casi, el leve, el simple trazo azul de un mapa fluvial, cuando estos terraplenes, logrados a toda firmeza y toda holgura, dirianse, tal es de inmenso todo ésto, unos escasísimos estribos. Y es ahora cuando los frecuentísimos viaductos que salva el tren, cada vez más trencito, diríanse asimismo, tal va creciendo ésto en majestad, los simples

altura-consigue el tren llegar a lo estentóreo, porque ese puente, que salva la amplia curva con que el Agabama, harto ya de lo relativamente precario de su lecho normal, se despereza con una lentitud pudiera decirse hasta caligráfica—tal es lo ampuloso del trazo inglés de "ese" mayúscula con que lleva a cabo su voluptuosidad—no pasa de ser, en este imponente medio, un leve, un endeble imperdible que abrocha, mejor, que hilvana, uno de los rotos de la ruta... Y eso que Eco, generoso, condescendiente, pone a disposición de viaducto y tren los tornavoces—y no son pocos—de todas las infructuosidades y vericuetos con que, la sierra, abierta de par en par en tales y gigantescas fáuces, diriase dispuesta

aullar y a engullir. Pero ya Trinidad, que se acusa sucesivamente en la torre de los Iznagas y en la de San Francisco—ésta todavía piadosa, aquélla todavía implacableestá a punto de colmar nuestra honda, nuestra legitima curiosidad. Ya la espléndida borrasca de peñascales, selvas, nubes de oro y púrpura, cúspides que llegan a serlo con cresterías de oleaje o vértices de puñal va cediendo a lo sereno, lo ópimo, lo dulce de este valle de Santa Rosa, cuyas ondulaciones son cada vez más como el eco o la resaca de la tal y sublime borrasca geológica, nefelita, y forestal, y del que otro río aun—ya ausente el Agabama—es el Nilo, el Alfeo y el Jordán. Amplio, contrapuesto paisaje el de ahora, que viene a ser, luego de todo ese brío, luego de todo ese denuedo anterior, lo que un dichoso desenlace después de una árdua

lucha. Tierras, grasas y rojas tierras en continua fructificación y en continuo barbecho, sotos y sotillos de encanto, de utilidad tan evidentes como distintos, más tertulias de palmas, más umbrias de frutales, esta heredad en que prospera el tabaco, aquella otra en que el café germina, la de más allá, aun, en que la caña-más caña todavía-es forzosa fronda, y más, muchas y mu-chas más que, en una viva armonía de ocres, de morados, de los verdes que prefería Veronés, y a que dió nom-bre y los grises y los púrpuras que en tiempos fueron de Monet y luego de Sorolla y Mir, cesan dulcemente en la sierra misma, azul ella, a su vez, en el propio tono con que Velázquez llegó,

superable contraste serrano, nefelita y forestal que hacía de él, aquel simple hilito de acero, humo, estrépito y ve-locidad, atraviesa a todo estruendo, todo silbido y toda humareda, ganoso como está de una revancha rotunda en una rotunda compensación. Y es que Trinidad sigue estando muy cerca, mucho, hasta el punto de que el tren, luego de este último e infantil alarde de trapatiesta y humo, se va quedando quieto de una manera sucesiva, gradual... Y es no mucho después, y entrando como de puntillas en la esta-ción porque esta hora—la de Visperas es hora de sesteo y alguien puede dor-mir, cuando el mismo, y sin ningún aparato y sin ningún fragor, se queda enteramente quieto. Poca, muy poca gente en la tal estación, que, en tiempos—los de la hispana égida—sirvió de albergue a determinadas fuerzas marciales. Poca, muy poca gente en la tal estación que hoy, derribado uno de sus muros—el de poniente—diríase como una sección del centenario cuar-tel, que conserva su patio, que es porticado, y sus rejas, que son de forja. Solo ha cesado en él su "entonces" de erizada, de inexorable rigidez... Por eso, y como acaba de hacer el tren, es conveniente, es grato atravesarlo también de puntillas, con recogimiento y, sobre todo, sin memoria... Así lo requiere Trinidad, ya frente a nosotros como una pieza de museo. Un museo, tales son las respectivas simpatía y cordialidad que inspira en seguida, al que hay que entrar sin ruído, sin prisa, por la calle de Santo Domingo, ahora cariciosa en su honda, su soleada desolación, y luego de haber pasmado al faquin que se hizo cargo de vuestros bártulos diciéndole, no ya, que los dejase, como anticipo vuestro, en donde tuviera por conveniente, sino que os buscase luego por ahí, por esas calles en que el sol sestea también, que no hemos visto nunca, que son como las páginas de esos libros que cortamos antes de llegar a casa—tal nuestra avidez de conocerlos aun de una mane-ra salteada—y en alguna de las cuales, aparte el tic-tac apresurado con que un reloj picotea a Cronos, tal vez hasta si se escucha, en el interior de algunas de estas viviendas rojas, blancas o azules, el eco, el dulce eco de una nana criolla que arrulla, para rendirlo, a algún rehacio, a algún insomne bebé...





tiene y nos subyuga enlaza ciertos vocablos o aisla ciertas oraciones. Y es ahora también, y porque ciertas ele-mentales previsiones exigen que él ponga al cabo de todos de su presencia en cualquier lugar, cuando el tren, que se decide a ser silbido además de lo que vino siendo hace ya dos horas, resulta, tal isigue obtinándose ésto en ser magno, un hilo, un casi imperceptible hilo de humo, de acero, de alarma, de estrépito, fragor y velocidad. Estrépito y fragor que equivale aquí a lo premioso, a lo árduo, a lo estridente, inseguro y destem-plado con que el menos apto para ello repetiria estrofas de la más incomparable forma y el más incomparable fondo. Porque es el río, únicamente el deleitoso río el que sabe leer y recitar, con lo vario de su cadencia, de su tono, de su glu-glu, en fin, que es su emoción, este prólogo inmenso que le plugo a Dios ponerle a Trinidad.

Y ni aun en el más importante de los viaductos - el famoso, el férreo puente de los ochocientos noventa pies de longitud por ciento sesentaicuatro de lienzos, a resolver, como él sólo podía hacerlo, el problema del ambiente, cuando éste se impuso fuera de toda regia intimidad.

Tal es, bien que brillante hasta el extremo de que describirlo es simplemente balbucear, este inenarrable — fecundo si los hay—valle de Santa Rosa, última parte, según las guías, del camino de Trinidad, última parte, según el espíritu con que yo llego a ella, del de mi nuevo, mi fabuloso Canaán. Otro imperdible para otro hilván del paisaje, aunque muche más modesto que el anterior, y ya estamos. Es todavía un corto, un férreo viaducto que abrocha otro roto de este muelle, de este pródigo agro, es decir, el cauce por donde se desliza suave hacia el Caribe, y antes de llamarse "Guaurabo" en el momento de perecer, el elíseo, el apacible Táyaba, fértil, en una de sus márgenes postreras, en la épica ceiba—esta vez sí que da ilustre aprovechamiento-a que el épico Cortés ató una de las naves que luego logrado ya su propósito de subyugar a Méjico, había de quemar allí. El Táyaba, que el tren, libre ahora del in-



LA VIDA ESCANDALOSA DE VIVIAN GORDO

CONTINUACION DEL PROCESO DE SU MUERTE

por ramón metauten

HORA avanzada de la tarde, un repórter de un diario neo yorkino logró obtener cierta información que indicaba que la Gordon había sostenido relaciones amorosas con Harry Mc Donald Joralemon, viejo millonario de unos sesenta y nueve años de edad, sportman, lántropo y escritor, quien por una ex traña coincidencia falleció de muente natural en el suite que ocupaba en el hotel Pennsiyvania, casi a la misma hora en que Vivian Gordon iba camino de la muerte.

En el curso de las investigaciones, llegó a saberse que Joralemon había dado a Vivian durante el año pasado, unos \$30.000.00 y que así mismo, fue el quien le compró el costosísimo abrigo y la sortija de brillantes, objetos estos que se supone le fueron sustraidos

Vivian por el matador.

Otro acontecimiento del día, fué el regreso de Mac Laughin, el policia miembro de la Cuadrilla del Vicio. Ma nifestó a los que le interrogaron, que no había visto a la dama asesinada, desde el día en que la detuvo hace unos ocho años, acusada de ofensas a la moral. Me Laughlin, sin embargo, mostró la carta amenazadora que Vivian le había dirigido, concebida en los siguientes términos:

"Sin duda alguna no se habrá olvidado usted de la celada que le tendió a Benita Bischoff el 9 de mayo de 1921. Creo que tampoco habrá olvidado cómo se salió con su deseo de que la condenaran por llevar una vida deshonesta. Pues bien, la que escribe esta car a es la misma Benita de entonces, y lo hace para decirle que se presentara

ante la comisión investigadora del vicio, para relatar toda la verdad de lo ocurrido. El resto se lo deja Benita a la admirable sagacidad de su imaginación, haciendo votos fervientes por que se conserve en el mismo estado que cuando enhebró todas aquellas mentiras para perderme ante el juez .- B.

Mc Laughlin dijo que efectivamente, haría unos ocho años, había detenido a la mujer en cuestión, después que ésta hubo de salirle al paso en la calle, invitándolo con propósitos inmorales a que la acompañara al departamento donde habitaba ella en compañía de Al Marks.

Las demandas del público por una rápida solución del misterio que rodeaba aquel crimen, continuaba manifestándose con igual fuerza. El Gobernador Rossevelt dijo que si era necesario convocaría a una legislatura a fin de que se efectuara un examen minucioso del funcionamiento del Gobierno de la ciudad de New York.

Mientras tanto, continuaron propalándose los rumores de que si alguna vez las autoridades hacían público el contenido de los diarios de la difunta, se produciría un gran escándalo político, con motivo de los nombres de peces gordos que figuraban en ellos,

No se sabe hasta qué punto puede ser cierto lo anteriormente expuesto, pero es el caso que el mayor Walker cayó por aquellos días en un trance de decaimiento, - sus médicos diagnosticaron aquello como un desgaste nervioso-anunciando con tal motivo su próxima salida para la residencia veraniega de Samuel Untermyel' en Palm Springs, California.

Radeloff y Cohen, que por aquella fecha estaban guardando prisión, continuaron alegando su inocencia y pidieron su libertad por la vía legal. A fin de contrarrestar el mandamiento de "habeas corpus" de estos últimos, el Fiscal del Distrito hizo público en forma de "affidavit", varios fragmen-tos—los cuales publicamos en el número anterior-de los diarios de Vivian.

Tanto Radeloff como Cohen alegaron no conocer nada que pudiera aclarar el misterioso significado de los maauscritos de la muerta.

En el curso de la semana posterior al crimen, el acusador hizo comparecer en la corte, a más de cien testigos,-testigos pobres y carentes de influencia

El equivalente de todo lo declarado por aquellas personas, fué igual a

No se hizo público ninguno de los nombres de los testigos que gozaban de buena posición, los cuales fueron interrogados en privado por los discretos detectives de la conocida agencia Pinkerton. No tuvieron que afrontar la humillación de comparecer ante un gran jurado, como ocurriera con los otros infelices.

Aquella práctica-dada a la publicidad por un periódico de la tardeoriginó una nueva ráfaga de indignación entre el público.

"Vivian Gordon", ese fué el tópico de media docena de sermones y discursos que terminaron con nuevas peticiones de que se hiciera una amplia investigación en el cuerpo policíaco,

las cuales se hicieron negar mis ta al Gobernador Roosevelt

En el sexto día de la investigaci se dieron numerosas sorpress. un principio pareció que la policia taba sobre la pista de algo importar que de un momento a otro pudo ha culminado con la aprehensión de criminales.

A eso de las 10 a. m., la pol detuvo a dos individuos a quiene según aparece en uno de los diario Vivian temía mucho. Se nombran Lo Zeno, resbaloso y presumido porto queño, de mirada centelleante y F Doman, alias Hal Worthington, rul de hosca mirada y atlética consti ción.

Ambos sujetos eran conocidos de policía como "proveedores" de mu res. Vivian describió el departame que ocupaban en el número 851 W End Ave., como "el lugar más terrib Poco después del arresto la poli anunció que aquel era "el aconte miento de mayor trascendencia o rrido hasta entonces".

Doman-según la policía-era due de un Ford Coupé, que fué circula el día anterior, al creerse posible q aquel vehículo tuviera algo que con el crimen.

La peli-roja reina del "underworle había refildo violentamente con Dom poco antes con motivo de haberse I vado a una de sus amigas, nombra Vernon Rapez.

Desde entonces vivió temiéndol como a la muerte, lo cual queda d mostrado por los siguientes extract de sus diarios, fechados unos dos añ antes de su muerte.

